

SERIE NYTEFALL

EL
DESCENSO
DE LA
OSCURIDAD

CHLOE C. PEÑARANDA

III

CHLOE C. PEÑARANDA

EL
DESCENSO
DE LA
OSCURIDAD

The title is rendered in a highly decorative, calligraphic serif font. The words are stacked vertically: 'EL' at the top, 'DESCENSO' in the middle, 'DE LA' below it, and 'OSCURIDAD' at the bottom. The letters are intertwined with elaborate, swirling flourishes. Several small, four-pointed star symbols are scattered throughout the design, some connected by thin lines that suggest a constellation or a celestial map. The overall aesthetic is elegant and classic.

Traducido del inglés por Victoria Vilaplana Molina

FAERIS

Título original: *The Dark Is Descending*

Publicado mediante acuerdo con Tor Publishing Group en asociación con International Editors & Yáñez Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiarren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Text Copyright © 2025 by Chloe C. Peñaranda

Camisa diseñada e ilustrada © 2025 por Lila Raymond

Diseño del mapa y de las páginas del interior © 2023 por Lila Raymond

© De la traducción: Victoria Vilaplana Molina, 2026

© De esta edición: Faeris Ediciones (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-87-4

Depósito legal: M. 26.013-2025

Impreso en España - Printed in Spain

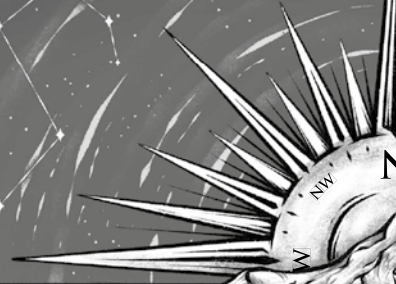
Descubre aquí el reino de Faeris:





*Para los soñadores que miráis
a las estrellas. Ojalá siempre
encontréis la luz en la oscuridad
y el coraje en el infinito.*

REINO



BAHIA CONSTANTE



DE SOLANIS



ISLAS DE LA MUERTE

ASTRINUS

BOSQUE ETERNO NORTE

MONTAÑAS DE PLATA

BOSQUE ETERNO SUR

VELO CELESTIAL

YADONIA

ALTHENIA

ESTRELLA DEL NORTE

ISLAS OLVIDADAS

STERN OF ARGIO NAVIS

COSTA ESTRELLA FUGAZ

Nota de la autora

Querido lector: soy una gran friki de la fantasía, y la idea de crear un multiverso lleva mucho tiempo rondándome por la cabeza. Ya se ha mencionado anteriormente que Nyte no pertenece al reino en el que se encuentra, y el concepto de la trilogía Nytefall surgió de mi otra saga, *An Heir Comes to Rise*, que se desarrolla en otro mundo. Hay algunas menciones de personajes que aparecen durante *El descenso de la oscuridad* que podrían desvelar sucesos que ocurren en la saga *An Heir Comes to Rise*. Así que, si preferís leer ambas obras para disfrutar al máximo del multiverso que he creado, el orden de lectura que os recomiendo es el mismo en que se fueron publicando los libros, que es el siguiente:

An Heir Comes to Rise, A Queen Comes to Power, A Throne from the Ashes, A Clash of Three Courts, A Sword from the Embers, La muerte de las estrellas, El desafío de la noche, A Flame of the Phoenix, El descenso de la oscuridad.

Sin embargo, si me has descubierto a través de la trilogía Nytefall, el siguiente orden de lectura surtirá el mismo efecto:

La muerte de las estrellas, El desafío de la noche, toda la saga de *An Heir Comes to Rise* y, después, *El descenso de la oscuridad*.

Cabe destacar que no hace falta leer la saga *An Heir Comes to Rise* para disfrutar al completo de la trilogía Nytefall. Ambas se pueden leer y disfrutar por separado sin que se pierda información por el camino.

¡Que disfrutes de la lectura!

PARTE
UNO

Los días
más oscuros
de Nyte

Astraea — Pasado

Astraea Lightborne descendió de los cielos igual que una estrella fugaz: un arco de luz cegador y unas alas de plumas plateadas aparecieron de entre las nubes oscuras sobre la ciudad de Vesitire. La llave que llevaba en la mano desprendía una energía radiante y fiera, al igual que los tatuajes que lucía por todas partes, unos símbolos centenarios que brillaban como brasas sobre su piel y cuya intensidad aumentaba por momentos. Astraea sentía en su interior el peso del nuevo propósito que le había sido encomendado, y aterrizó con una gracia suave y letal en el tejado de una humilde vivienda.

La ciudad se extendía bajo ella en una red intrincada de puentes y altas torres. Los vampiros habían atacado esa noche. Astraea estaba al tanto de la cantidad de ojos rojos y alas coriáceas que se extendían debajo de ella, pero los moradores de la noche, unos seres condenados a vagar por la oscuridad eternamente, no eran la única raza de vampiros que luchaban contra los celestiales, su propia especie. Algunos vampiros no tenían sombra mientras hundían los colmillos sobre los humanos y les consumían la sangre. Otros no tenían reflejo, pero se podía apreciar en las ventanas de los escaparates más cercanos mientras sostenían a presas inocentes entre sus brazos y consumían a las víctimas con su beso de la muerte.

No siempre había sido así. Los vampiros una vez fueron una especie tan pacífica como los fae y lograron aprender a coexistir

entre los humanos. Hasta que alguien se introdujo en su mundo, alguien que jamás debería haber entrado, y trató de derrocar su reinado como la doncella de las estrellas, gobernadora de Solanis, al tratar de envenenar las mentes de la gente y las de los celestiales que gobernaban a su lado. El padre de Nyte era el líder y el causante de todo aquel revuelo, pero todo el mundo sabía que él no era nadie sin Nyte, sin el *Caballero de la Noche*, más conocido como la pesadilla del reino.

Astraea bajó en picado del tejado y, con un giro de muñeca, sostuvo la llave en el aire mientras observaba cómo esta brillaba en respuesta a su magia latente, a modo de faro en medio de la oscuridad. Los vampiros salieron disparados hacia ella, ya que acababa de convertirse en su objetivo. Se fueron acercando con una mirada letal, enseñando los colmillos y las garras. Astraea inhaló el aire frío y doloroso antes de ponerse manos a la obra.

—Podemos ocuparnos nosotros de esto —le dijo Auster mientras lanzaba rayos azules para eliminar a varios enemigos a la vez.

Él siempre intentaba que Astraea se mantuviera al margen, pero ella nunca podía estarse quieta. A Auster y los otros tres Altos Celestiales les gustaría encerrarla en una jaula de cristal para protegerla mientras ellos lideraban los frentes de esa batalla. Y a pesar de que a Astraea le irritaba que Auster siempre le sugiriera que se mantuviera apartada de todos los altercados, también podía llegar a entender su preocupación. Astraea sintió miedo al ver a Auster rodeado de enemigos. Ambos eran amigos de toda la vida, y además él también era su vínculo.

Astraea recordó lo tremendamente culpable que se sentía por no haberle contado aún que jamás podrían llegar a completar su vínculo. Ella ya se había vinculado con otra persona: la pesadilla del reino y el mayor enemigo de Auster.

Nyte también debería ser su enemigo, pero, en algún momento de la peligrosa alianza que había forjado con él para descubrir el motivo de los terremotos en sus tierras y la razón por la que

las estrellas se estaban muriendo, la línea entre el deseo y el odio se había difuminado, quemado y, en definitiva, había dejado de existir.

En ese momento, mientras enviaba un haz de luz hacia un grupo de moradores de la noche, sabía que Nyte la estaba observando. Su presencia siempre la acompañaba. Era todo un alivio y, a la vez, un verdadero obstáculo que le impedía concentrarse por completo. Él no podía interferir en esa pelea, a pesar de que podía sentir su ira por tener que quedarse relegado a un segundo plano.

—*Eres mucho más hábil que él* —gruñó Nyte en su mente como respuesta a la preocupación que sentía Auster por ella—. *Detrás de ti.*

Astraea se giró a tiempo y convirtió la llave en una espada para atravesarle el pecho a un sin sombra. A pesar de que estaba concentrada en eliminar a todos los que pudiera, odiaba derramar la sangre de criaturas a las que no conocía personalmente. ¿Hasta qué punto estaría desesperado ese sin sombra para aliarse con el padre de Nyte y creer que esa era la única forma de conseguir que su especie alcanzase la igualdad algún día?

Astraea estaba empeñada en restaurar la paz a la que había dedicado su vida entera. Su Era Dorada se estaba tambaleando, y a ella le quedaba poco tiempo para tratar de evitar que esta colapsase definitivamente.

—*Podría concentrarme mejor si no me interrumpieras todo el rato* —le dijo mentalmente a Nyte.

—*Y yo me concentraría mejor si estuviera a tu lado.*

—*No te necesitamos.*

—*Eso me ha dolido.*

Ella no le contestó porque, a pesar de lo que le había dicho, hablar con Nyte al mismo tiempo que peleaba la mantenía muy concentrada mientras derrotaba a sus enemigos.

—*¿Sabías algo de este ataque?* —le preguntó ella. Quería parar un segundo para averiguar dónde se encontraba Nyte exactamente, pero los vampiros no cesaban en su ataque.

—*La verdad es que no* —respondió un tanto alterado.

—*Pues, si te apetece ser de ayuda, podrías tratar de descubrirlo.*

—*No pienso marcharme si sé que estás en peligro.*

—*Acabas de decir que soy la más hábil del lugar. Y sabes que he sobrevivido a situaciones peores sin ti.*

—*Tu lo estás pasando en grande sin mí.*

—*Ya te lo compensaré luego.*

Se estremeció cuando Nyte le acarició los sentidos mentalmente. Resultaba muy inapropiado dadas las circunstancias en las que se encontraba. Astraea se agachó para extraer su espada de la espalda de un vampiro.

—*¿Y cómo lo harás?* —la instó él.

—*Quizá con un baño, ya que antes nos han interrumpido.*

Dos vampiros fueron corriendo hacia ella por distintos lados. Astraea solo tuvo un segundo para echar un vistazo por encima del hombro y lanzar un guiño hacia las sombras que rodeaban una chimenea. Nyte estaba muy bien escondido, pero no para ella.

—*Qué arrogante* —murmuró Nyte, fascinado.

Se refería al hecho de que se hubiera tomado su tiempo para sonreírle y guiñarle el ojo mientras dejaba que los vampiros se acercaran a ella a una distancia que rozaba lo peligroso. Astraea sacó su daga roca de la tormenta en el último segundo y se la clavó justo en el corazón a uno mientras se agachaba para no caer en los brazos que el otro había extendido para intentar atraparla. Al mismo tiempo, logró hacerle un corte limpio en las rodillas al segundo con la llave en forma de espada. Astraea se giró mientras se levantaba y, con otro golpe, le cortó el cuello al vampiro antes de que el cuerpo de este cayera junto al resto de sus extremidades.

—*Eres la cazadora de vampiros más exquisita que jamás he visto.*

—*El espectáculo está a punto de terminar* —dijo ella—. *Podrías intentar averiguar cuál ha sido el motivo de tu padre esta vez antes de que me vea obligada a descubrirlo por mí misma.*

— *Ya que me lo suplicas...*

— *Tú también podrías recompensármelo después.*

— *Yo solo te suplico a ti, Estrellita. Solo para oírte gritar mi nombre.*

Esas fueron sus últimas palabras, y mientras Astraea recuperaba la daga roca de la tormenta del pecho del vampiro, alzó la mirada y se sintió un tanto decepcionada al darse cuenta de que ya no la estaba observando. Su ánimo decayó al constatar que se había marchado a pesar de que había sido ella la que se lo había pedido.

El hecho de que ella se hubiera enamorado de su enemigo era un secreto que podría sacudir a todo el continente, pero, aun así, quería que saliera a la luz. Quería que todos lo supieran, y en su mundo de fantasía creía que la gente podría llegar a aceptar a Nyte como su pareja e incluso a alegrarse por ellos algún día. Una de las cosas que más le gustaban de Nyte, aunque nadie llegaría a entenderlo nunca, era que no pretendía ser algo que no era. Él era consciente de todos sus pecados más oscuros y sangrientos, a pesar de lo cual ella creía que algún día podría conseguir redimirse.

Astraea era la diosa de la justicia de ese mundo. Había sido creada para gobernar y crear un reinado de paz, amistad e igualdad. Lo único que deseaba era que nadie la cuestionara en lo concerniente a él.

Su vínculo había sido forzado, ya que no existía forma alguna de salvarla de aquella herida mortal, pero una parte de ella se sentía aliviada de que Nyte lo hubiera hecho. Sabía que su vínculo y el deseo que compartían se habían ido haciendo cada vez más profundos durante todos los años que habían pasado juntos. Nyte se había introducido en su mente, cuerpo y alma. Había ido ocurriendo tan poco a poco que pensaba que ninguno de los dos se había dado cuenta, o había querido admitirlo siquiera, de lo que llevaba forjándose entre ellos desde el inicio.

Astraea se vio forzada a dejar de sumirse en sus propios pensamientos cuando un vampiro cayó en picado hacia ella desde el

cielo, y maldijo a Nyte en voz baja por ser el causante de ese momento de distracción que a punto estuvo de impedir que lo detectara. El vampiro la tumbó de espaldas mientras le enseñaba los dientes afilados a la cara. Astraea lo agarró con firmeza por los hombros y estuvo a punto de quemarle por dentro con su magia. Pero no tuvo que molestarse, ya que un rayo azul partió al vampiro por la mitad y ella se lo sacudió rápidamente de encima. Unos segundos después, Auster desencajó la espada roca de la tormenta del pecho del morador de la noche.

Mientras Astraea trataba de recuperar la respiración, Auster se acercó a ella desde arriba con el ceño fruncido en señal de decepción y preocupación.

—Tenía la mente en las nubes —dijo ella, avergonzada.

—Muy raro por tu parte cuando estamos en medio de una batalla —dijo él con escepticismo, tendiendo una mano en su dirección.

Astraea le dedicó una sonrisa dulce y aceptó la ayuda para ponerse en pie.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que los otros Altos Celestiales, Notus, Aquilo y Zephyr, ya habían finalizado con lo que quedaba del ataque vampírico.

—Me pregunto qué intentaban conseguir —soltó Zephyr, limpiando la sangre que un morador de la noche caído había dejado en su espada.

Cuando Nyte lo averiguara, estaba segura de que se lo contaría.

—Son una abominación —espetó Notus.

A ella no le gustaba ese término. No le gustaba que condenara tan fácilmente a toda una especie solo por los actos de unos pocos. Tres de los seis guardianes de Astraea eran vampiros y habían sido seleccionados de entre todas las razas por sus creadores, el Amanecer y el Anochecer. Sus guardianes la habían criado para que fuera una gobernadora justa e imparcial. Hacía ya unas décadas que sus guardianes habían logrado pasar al maravilloso mun-

do éter cuando finalizaron con su deber sagrado. Desde entonces, Astraea debía liderar y descubrirse a sí misma.

—Empezad a rastrear el terreno para buscar a cualquier persona que pueda estar herida y despejad las calles —ordenó Astraea conforme comenzaron a acercarse más soldados celestiales.

La doncella pasó por encima de los cuerpos caídos para acercarse a los hogares más cercanos y comprobar si todos los inocentes se encontraban bien.

—Deberías volver al castillo —la aconsejó Auster, yendo tras ella.

—¿Por qué debería hacer tal cosa?

—Es más seguro. Deja que investiguemos nosotros qué puede haber causado este ataque y que rastreemos la ciudad en busca de más vampiros.

Auster siempre intentaba protegerla detrás de los muros. Ella nunca lo había admitido en voz alta, pero una de las razones por las que había insistido en gobernar en Vesitire y no en Althenia era para poder librarse de las sofocantes medidas de seguridad de Auster y sus hermanos.

El suspiro de Auster fue más que audible cuando ella ignoró su sugerencia y tocó a la puerta del primer hogar. Al no recibir respuesta, Astraea se introdujo en la casa y comprobó que todos los residentes habían sido asesinados. Cuatro humanos.

—No podemos permitir que sigan asesinando a nuestra gente de este modo —espetó Auster.

Astraea se enderezó. A pesar de que el padre de Nyte era el líder de la revuelta vampírica, Auster y sus hermanos sabían que había alguien más manteniendo a los ejércitos vampíricos en activo.

—Hay que acabar con el Caballero de la Noche.

Había oído esa frase cientos de veces. Joder, incluso había sido su propio objetivo durante mucho tiempo. Pero ahora ambos estaban vinculados... y todo había cambiado.

Le dolía en el alma imaginárselo muerto, pero fue entonces cuando recordó un dato muy importante.

—No se lo puede matar —murmuró Astraea.

Al ver la expresión intensa en los ojos de Auster, un escalofrío le recorrió la piel mientras su atención seguía clavada en los charcos de sangre que empapaban la madera alrededor de la pintoresca casa de campo.

—Claro que se lo puede matar —dijo Auster.

—Técnicamente es... un dios. Solo se lo puede matar con algo de lo que haya sido creado.

Notó ácido en la garganta al exponer la debilidad de Nyte ante Auster. Sin embargo, le reconfortaba saber que Nyte no era de ese reino, lo que significaba que no había nada con lo que se lo pudiera matar, incluso aunque Auster dispusiera de esa información.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió él.

—Llevo mucho tiempo tratando de darle caza. Yo misma lo he descubierto.

La piel de Astraea brilló tras soltar esas mentiras piadosas. Auster la observó con cautela y ella no pudo evitar un prurito de culpa al pensar que quizá, si la observaba durante un buen rato, podría acabar descubriendo el vínculo que había forjado con el mayor villano del reino. ¿Podría acusarla de traición? Le gustaba pensar que Auster le permitiría explicarse antes. Después de todo lo que habían pasado juntos, él no la juzgaría a pesar de sus oscuras decisiones.

Auster suspiró.

—Vámonos. Ya no hay nada que podamos hacer aquí.

Se pasaron el día limpiando la carnicería, rescatando a los supervivientes e implementando medidas de protección más estrictas por todo Vesitire. Cuanto más tiempo pasaba Astraea sacando sus propias conclusiones sobre el ataque y viendo cómo se limpiaba la sangre de gente inocente de las calles, más aumentaba su resentimiento.

Tampoco ayudó mucho que no lograra tener ni un solo momento a solas alejada de los Altos Celestiales y sus diatribas contra

los vampiros y Nyte; sobre todo contra él en particular. Apretaba los puños cada vez que daban por sentado que cualquier muestra de barbarie había sido perpetrada por él.

—Pareces tensa —observó Zephyr, acercándose más a ella. El resto continuó hablando en la sala del trono del castillo.

—Ha sido un día muy largo —explicó ella.

Zephyr se giró y le bloqueó la vista de sus hermanos como si fuera un escudo humano para poder permitirle así algo de privacidad.

—¿Qué es lo que sabes? —le preguntó con cautela.

—¿Sobre qué?

—Sobre el ataque.

—Nada más de lo que sabéis vosotros.

Era cierto, a pesar de que Zephyr era consciente de sus actividades más bien «ilícitas» cuando se escabullía de los muros del castillo. Ella confiaba en él. Astraea protestó mucho cuando descubrió que Auster y el resto estaban expulsando a su propia gente de Althenia por el simple hecho de haber terminado con las alas arrancadas, sin importarles el modo por el que habían acabado así. Pero, pese a ser la doncella de las estrellas, no parecía tener demasiado poder para cambiar las reglas impuestas a los celestiales, ya que los cuatro hermanos habían sido bendecidos por los dioses para gobernar sobre esa especie. No eran hermanos de sangre, sino de deber.

—Has estado muy ausente últimamente. Auster está empezando a sospechar de ti —la advirtió Zephyr.

—No necesito que nadie me vigile —refunfuñó ella.

Zephyr hizo una mueca antes de mostrarle una expresión de disculpa.

—Tienes que rechazar tu vínculo con él —le dijo en un mero susurro.

Ella lo sabía. Jamás había sentido tanto miedo como cuando se cruzó por primera vez con Auster después de haberse vinculado con Nyte, pero al instante sintió alivio al comprobar que aquel no parecía haber notado nada extraño.

—Lo sé. Pero no quiero hacerle daño.

—Cuanto más tiempo le hagas creer que tiene una oportunidad contigo, más daño le harás.

Astraea miró a Zephyr con una súplica silenciosa. Tenía tantas ganas de contarle todo lo relativo a Nyte que le dolía hasta el pecho. Sabía que él le guardaría el secreto, pero temía que la juzgara con dureza, a pesar de que ambos mantenían una amistad muy estrecha.

Zephyr se dio cuenta de su encrucijada y la sostuvo por los brazos.

—Sabes que puedes contármelo todo —dijo él.

Ella asintió, pero sus labios se mantuvieron sellados. Pronto encontraría el coraje para contárselo. Pero en ese momento solo tenía una persona en mente mientras se escabullía con discreción del castillo.

Astraea esperó a Nyte en el campanario, un lugar que se había convertido en su hogar secreto en las alturas. Ella lo sintió cerca y notó su sigilo, como si quisiera pillarla desprevenida mientras observaba la ciudad bañada por la luz de la luna. Astraea se giró y le colocó una mano en el pecho cuando notó cómo le surgía la magia. Nyte se tensó, pero mantuvo una expresión firme y no solo no cedió ante ella, sino que la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Siempre tan violenta —dijo con un tono de voz bajo.

Ambos compartieron la misma respiración con la mirada en llamas.

—¿Por qué nos han atacado los vampiros? —le preguntó ella.

—Te he echado de menos —dijo él, alzando el brazo para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ella liberó un brazo e intentó volver a atacarle con magia. Su destello de luz quedó envuelto en una oscuridad estrellada. Nyte esbozó una sonrisa malévola a través de las sombras, que se fueron disipando.

—Dime que no has tenido nada que ver con el ataque —dijo ella, clavándole la mirada.

La alegría se desvaneció de su rostro.

—¿Acaso crees que sería capaz de mentirte?

—No lo sé.

Pero su corazón sí lo sabía. Notaba cómo le oprimía las costillas con un pulso feroz por el desconcierto que dominaba su mente.

Nyte salvó la poca distancia que los separaba empujándola hacia una de las paredes que delimitaban los arcos abovedados del campanario.

—Entonces es que no fui lo suficientemente claro cuando te aseguré que no dudaría en matar a nadie, en arrasar cualquier reino o en acabar con cualquier dios por ti.

Le enroscó una mano en el cuello mientras la miraba con la misma intensidad con la que el sol brillaba en sus ojos color ámbar.

—Pero la familia siempre es lo primero —dijo ella.

—Eres mi vínculo, así que tú eres mi familia. No puedo renegar de mi herencia, pero lo haría por ti. ¿A qué viene todo esto?

Le apartó la mano del cuello para colocársela en la nuca y crear un ángulo perfecto entre su boca y la suya.

—Eres mi condena —le susurró ella sobre los labios.

—Estrellita, nuestra colisión quizá sea una obra maestra ideada en las profundidades del infierno, y tal vez sea ese el lugar de nuestro próximo encuentro, pero sé que gobernarías el inframundo con una expresión triunfante.

Posó los labios sobre los suyos y ella se perdió en él. Se encontró en él. Ella era suya por toda la eternidad, y eso era justo lo que más la asustaba.

Cuando le plantó las manos en el pecho, Nyte cedió a su empuje y se deslizó a su alrededor. Lo único que había conocido en su vida era el deber. Hacia su gente. Hacia Auster. Antes de que llegara Nyte, ya había aceptado comprometerse con el Alto Celestial.

—Mi padre ha declarado que la única intención del ataque era comprobar vuestros recursos y vuestra estrategia. Había espías observando la masacre —dijo Nyte.

Astraea advirtió la duda en los ojos de Nyte mientras le daba la información.

—¿No lo crees?

—No estoy del todo seguro. No sé por qué me mentiría, pero nunca ha iniciado un ataque sin que yo lo supiera antes. Según él, lo ha hecho porque últimamente he estado muy descuidado en mi propósito de capturarte.

—No puedes perder su confianza.

—Deja que sea yo el que se preocupe por mi padre.

Astraea sabía que el padre de Nyte no era el motivo por el que sus pensamientos iban a la deriva y su corazón latía desbocado.

—Dime qué te ocurre —la instó Nyte con un tono suave, casi de súplica, que ella no solía oírle mucho.

—Te quiero —dijo ella de pronto, todavía dándole la espalda.

La confesión le salió a trompicones. Él le había dicho esas mismas palabras después de su vínculo, pero ella todavía no había sido capaz de devolvérselas. Pero las sentía ahí... justo en el pecho, a veces subiéndole hasta la garganta, y llevaban meses sofocándola, pero había tenido demasiado miedo a decirlas en voz alta. Y en ese momento... se dio cuenta de lo fuerte que se sentía con él a su lado, incluso cuando no lo estaba físicamente. Quería demostrarle más que nunca al mundo que Nyte no era terrorífico, sino más bien la única esperanza para lograr finalizar la guerra contra su padre.

Astraea sintió que Nyte avanzaba hacia ella por detrás y notó cómo le quemaba la piel. Cuando presionó el pecho contra su espalda, su cuerpo se volvió maleable y él le pasó los brazos alrededor como si fueran un escudo contra todo y todos.

—Vuelve a decir eso —murmuró sobre su cuello. Le pasó los labios por un lugar muy específico detrás de la oreja y ella cerró los ojos al sentir el placer.

—Te quiero —repitió. Cada palabra se aferró a su corazón para lograr convencer a su mente de que todo iría bien. Que serían capaces de sobrevivir a cualquier cosa juntos.

Nyte gruñó contra ella y Astraea notó las vibraciones por todo el pecho como si fueran arena y guijarros.

—A pesar de que llevo muchísimo tiempo queriendo oírlo, ¿por qué me da la impresión de que te duele decirlo?

—Porque no debería hacerlo. Porque temo que sea una elección que no pueda tomar. Quererte a ti supone no poder cumplir con mi deber. La gente comenzará a rebelarse contra nosotros antes de que podamos hacerles entrar en razón. Esto le dolerá mucho a Auster, y quizá comience una nueva guerra.

Nyte le colocó una mano en la cintura para darle la vuelta y la guio hasta que la parte trasera de sus rodillas rozó el borde de la cama. Él la ayudó a tumbarse mientras la lujuria comenzaba a calentarle la piel conforme sentía sus movimientos lentos y cuidadosos por todo el cuerpo, presionándola contra el colchón.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó con calma, preparado para doblegar al mundo entero o para quemarlo por ella si hacía falta—. Porque ahora eres mía, y no me importa lo que tenga que hacer para mantenerlo. Estoy absolutamente decidido a conseguirte todo lo que desees.

A Nyte se lo consideraba una pesadilla que poblaba las mentes de todas las especies. Era malvado, frío y cruel... Pero Astraea había descubierto que su oscuridad podía ser cálida si uno se aventuraba lo suficiente como para intentar sentirla. Nyte le ofreció su ayuda en el momento más vulnerable de Astraea, cuando podría haberse limitado a matarla. Sus deseos nunca le habían pertenecido hasta ese momento, hasta que se había forjado su vínculo. Estaba dispuesto a hacer o a ser lo que hiciera falta para mantener ese vínculo, y eso despertó algo muy poderoso dentro de Astraea.

Él merecía que alguien lo amara. Merecía recibir la misma devoción que él ofrecía.

—Sé paciente conmigo —le dijo ella en voz baja. Le apretó las piernas alrededor de las caderas cuando las bajó para unir las a las suyas.

Nyte se apartó un poco después de depositar todo un reguero de besos en su clavícula. Reclamó sus labios y ella le enredó los dedos en el pelo oscuro durante un solo beso, largo y prometedor.

—Por ti seré tan paciente como la noche que aguarda a la luna llena. Tan calmado como las estrellas que aguardan la noche. Por ti, Astraea Lightborne, esperaré en el infinito durante toda la eternidad. —Nyte sonrió. Su sonrisa era un tesoro que valía más que cualquier diamante—. Ahora —dijo en un murmullo ronco— creo que te toca suplicarme un poco.